

expone su autor donde conviene hallar el género de esta obra. ¿Ensayo personal, prosa didáctica o manifiesto? A decir verdad, en la frontera entre estos tres ejercicios parece situarse el acopio de reflexiones que Subirats ordena en torno a la crisis latinoamericana. Crisis: un enunciado que nuestro autor juzga vacío, carente ya de esa intención de cambio y emancipación que le atribuían los pensadores previos a la globalización mediática. A Subirats le parece que modernidad latinoamericana del siglo XX acarrea un devastador concepto de desarrollo y una constante deriva política, sin metas sociales o civilizatorias. Según cree, esta deplorable circunstancia corre en paralelo a una experiencia económica en la que triunfan las fuerzas neocoloniales y sus «hipócritas jergas» de desarrollo, libre comercio y desarrollo.

Cada vez más encendido en su exposición, reprueba el sistema virreinal y lo relaciona con el «delirio apocalíptico de dominación universal» que hoy aflige al mundo. Da por sentado que la conquista de las Indias fue «una hazaña de bandidos», e insiste en que la cultura anglosajona y centroeuropea ha expresado en diversas ocasiones su «repugnancia moral hacia las estrategias sanguinarias del colonialismo ibérico en las Américas».

Con un sentido histórico escasamente vertebrado, Subirats olvida que los procesos coloniales no son una prerrogativa del Occidente cristiano. Mezclando churras con merinas, indica sus fobias y apatencias, se adueña de la providencia y la estructura con castizo y contingente desparpajo: «La cuestión infinitamente más compleja —escribe— reside en la destrucción, primero de los centros espirituales islámicos de Toledo y Granada, y, más tarde, de los centros espirituales aztecas e incas de Tenochtitlán y Cuzco como hitos del proceso constitutivo de Occidente. Y del incendio de las bibliotecas de Sarajevo y Bagdad como su coronamiento cinco o siete siglos más tarde, en nombre de esa misma civilización cristiana y occidental».

No hace falta insistir en la escasa ingenuidad y en el determinismo abusivo con que el observador diseña este derrotero de acontecimientos. A estas alturas, casi nadie duda que el caudillismo ibérico y el torpe criterio de las elites criollas son dos factores capitales para interpretar determinadas inercias de América. Pero no bastan para comprender la turbulencia proliferante de unos acontecimientos cuyo cambio de fortuna dista mucho de ser previsible.

Puestos a buscar marcas en la baraja del presente, nos bastaría

con variar los topónimos y las fechas que menciona Subirats para sustituir esa civilización –a la que pertenece y que tanto le disgusta– por otras, asimismo poderosas y agresivas, que antaño poblaron el humano horizonte. Historiadores como Felipe Fernández-Armesto ya se han encargado de comprender en términos menos restrictivos y más aleatorios los fenómenos coyunturales de expansión, conquista, dominio y declive de las sociedades humanas. Sería un recurso igualmente fácil justificar los prejuicios de nuestro propio tiempo aludiendo a hechos históricos de un distinto matiz geográfico y religioso. Verbigracia, el modo en que hace un milenio se conquistó, explotó y *sinizó* la región de Sichuan en la China de los Song, o el auge de los imperios formados en el Islam oriental (cuando en 1019 Mahmud invadió la India, hizo tantos prisioneros que el precio de los esclavos cayó en picado). Por supuesto, no hallaremos una inferior crueldad en el reino de Malí, cuyos caballeros –también los hubo fuera de la cristiandad– sometieron a una buena parte de África a partir del siglo XIII. Tal vez estemos en condiciones de conmemorar esos desmanes imperiales fuera del ínfimo margen maniqueo y providencialista. ¿O es que acaso explicarían estos

tres fenómenos, respectivamente y por sí solos, las atrocidades maoístas, la desarticulación territorial de Afganistán y el declive económico centroafricano?

De acuerdo con lo ya expuesto, se comprende que Subirats interprete tan acuciosamente la moderna agonía del Tercer Mundo, que gravitaría en el desarrollo –o conjunción aciaga– de dos factores exclusivos: la escatología cristiana de la guerra justa contra los bárbaros y la racionalidad del capitalismo tardío. A lo oscuro por lo más oscuro: «Es bajo esta perspectiva –escribe– bajo la cual tiene que comprenderse el evento del 11 de septiembre. No el ataque suicida al centro simbólico del poder capitalista y militar mundial por parte del Jihad. Sino el evento electrónico manufacturado a partir de este ataque». Basta inclinarse sobre esta afirmación para deducir qué esconde la siguiente proclama: «El 11-S se ha convertido en un ejemplo de movilización de la masa electrónica planetaria para la legitimación del proyecto babélico de construir una Superpotencia Nuclear Mundial».

En términos familiares, el voluntarista Subirats refleja sin posible equívoco el desprecio que siente por la hispanidad cristiana y el afecto que le inspira la Iberia mestiza –aquella de las tres cultu-

ras, fermentada y destilada según la receta de Américo Castro—; una forma de españolía a la que el autor observa cediendo a las propensiones ya descritas. Por supuesto, cuando pasa revista a los actores del jaleo hispano, sus devociones son previsibles. Le entusiasman el sufismo y el cabalismo que entrevé en Fray Luis de León, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz; la filosofía del judaico Cervantes, el indigenismo de Bartolomé de las Casas, la cosmología de Ibn Arabí, el panteísmo de Ramón Llull y la hermenéutica de Maimónides. En contraste, no duda en postergar, por su esencialismo, el «teatro de propaganda nacional» de Lope de Vega, los «misterios cristianos» del teatro de Calderón, la «remedada Ilustración clerical» de Feijoo, la «recortada modernidad positivista» del argentino Sarmiento y el «concepto anticlásico de tragedia como calvario cristiano» elaborado por Unamuno. A esta lista de repulsas, añada otra que tampoco le sirve para constituir el significado filosófico y político de nuestra modernidad. Es lo que él llama la «*intelligentsia* neobarroca y corrupta de la movida madrileña».

Riesgos de la unilateralidad: el estatuto de lo hispánico —provisorio, paradójico— queda descoyuntado frente a ese tribunal que emite bendiciones y condenas con tan insistente martilleo.

Travesuras de la niña mala, Mario Vargas Llosa, Alfaguara, Madrid, 2006, 375 pp.

Todos los amantes tienen memoria, pero son los amantes frustrados quienes mejor la emplean. Para estos últimos, cada escarceo del pasado obtiene su coartada en el ejercicio dialéctico de la identidad. Además, en una mayoría de casos, su nostalgia esconde una cierta disposición de ánimo para retomar la historia allí donde se dejó. Imaginariamente, al menos. Pese a esta melancólica fijación, no hay determinismo en el amor y sus fuerzas no actúan de un modo unívoco. A decir verdad, el genuino desafío lo constituyen esos cataclismos psíquicos y espirituales que convierten al enamorado en un enfermo: siempre a favor del deseo, terco ante el animoso empeño de encuadrar sus pasiones dentro de un molde ideal. Como bien dice Vargas Llosa, se trata aquí de un fenómeno muy complejo, pues todo romance involucra la reciprocidad y la intimidad, el trastorno y el beneficio, el deseo de acaparamiento y la intención de admirar al otro en su libre devenir.

Para el amor, las memorias se entrelazan y los meandros argumentales que aquéllas ponen en juego desembocan en el caudal biográfico. Esta obviedad, digá-

moslo ya, es vivida con agrado por Ricardo Somocurcio, el protagonista y narrador de la novela que comentamos, y cuyos interrogantes sobre la condición humana hallan respuesta en el cuerpo frágil de la *niña mala*: mujer peregrina e imprescindible, hospitalaria, acostumbrada a la sensualidad y al jugueteo, sin virtudes a la antigua. Una aventurera cuya lucidez –si es que su ingenio merece tal nombre– burla permanentemente al compromiso y a las falsas promesas paradisíacas.

Acaso la verdad psicológica de una criatura tan burbujeante se cargue a cuenta del estereotipo libresco. No es, desde luego, el caso de su enamorado, quien recorre la segunda mitad del siglo XX explicándose, sin hipocresía y con letra minúscula, el hechizo –la plenitud de sentido– con que ella le retiene. Se trata de un tipo romántico, entusiasmado con una providencia por la que se siente elegido y que no deja de sorprenderlo. Con beneficio de inventario, en ese júbilo se inmiscuye alguna clave, sobre todo cuando el narrador traduce los vaivenes de la *niña mala* en un relato –un cuadro de situaciones, múltiple de incertidumbres– donde hay citas, preferencias metaliterarias. En síntesis, guiños de un escritor que confía en la biblioteca de sus lectores.

El lugar de arraigo de este romance oscila entre varias patrias, que también pueden serlo de Vargas Llosa: Lima en la década de los cincuenta y veinte o treinta años después, París durante la fiebre de la revolución cubana, Londres ante el espectáculo de la gloria *hippy*, Madrid en la hora de exaltar su libertad, y entre medias, Japón, propenso al anacronismo e instalado en un futuro de *spot* televisivo.

Todos esos escenarios reproducen la posibilidad infinita de un amor ambiguo, creativo, inconcluso y especular, que se consume y regenera como la vida y que, como ésta, se cifra con materiales inflamables.

El país que nos habla, *Ivonne Bordelois*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005, 222 pp.

Tras su lectura, no hay inconvenientes en admitir que este ensayo es un formidable repaso de las inflexiones y contagios detectables en la moderna lengua de los argentinos. A la hora de explorar tan desproporcionado panorama, Bordelois es una idónea indagadora. Y lo es por sus buenas condiciones para el largo trayecto intelectual, y asimismo por el comercio sociológico y político